

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN BANQUETE OFRECIDO EN
HONOR DEL PRESIDENTE DE HUNGRIA SEÑOR ARPAD GÖNCZ

SANTIAGO, 5 de Diciembre de 1991.

Excelentísimo Señor Presidente:

Es ésta la primera vez que un Jefe de Estado húngaro visita nuestra Patria. Recibirlo constituye para nosotros un gran honor. Este encuentro se produce en una etapa de la historia en que nuestras naciones, quizás como nunca antes, comparten valores, anhelos y experiencias que abren un camino promisorio de entendimiento. Con honda satisfacción le damos nuestra más cordial bienvenida en nombre del Gobierno y del pueblo de Chile.

Hungría, tierra milenaria, nació como una frontera cultural y política. Esa gran llanura geográfica que toma su nombre, ha sido escenario de muchas heroicas batallas por preservar los valores humanistas, identificados en el último siglo con la lucha por la libertad y la democracia.

La lejanía geográfica no nos ha impedido apreciar la voluntad del pueblo húngaro por defender su libertad ante distintas formas de dominio. Con interés y admiración, seguimos los acontecimientos de los años recientes. 1989 fue un año en que los vientos libertarios comenzaron a soplar con fuerza sobre la llanura danubiana. 1990 vio el pacífico nacimiento de una nueva República genuinamente democrática.

Asegurada su autonomía y su independencia, el pueblo magyar vive ahora la

apasionante tarea de construir una democracia que garantice la libertad de sus ciudadanos y que, al mismo tiempo, permita un sistema económico capaz de concitar la creatividad y el esfuerzo para el bienestar de toda la población.

Chile se siente identificado con estos desafíos. Ambos pueblos, habiendo vivido historias recientes de signo muy diverso, han sido protagonistas, junto a tantas otras naciones, del triunfo de la libertad que ha llenado de esperanzas y de nuevos desafíos al mundo entero.

La democracia es para nosotros, los chilenos, un valor largamente arraigado en nuestra tradición. Desde los albores de la República, nuestro mayor anhelo ha sido construir una sociedad en la que imperen la libertad y la igualdad, protegidas y fomentadas por el imperio de la ley. La ruptura de esa tradición fue dolorosa y por ello el pueblo chileno, aprendiendo de sus errores, ha reconquistado la democracia con las armas de la paz.

Los desafíos del futuro son hoy más fuertes que las divisiones del pasado. El respeto a los derechos humanos, la búsqueda de justicia, el afán de progreso y el compromiso con la calidad de vida, son valores compartidos en los cuales inspiramos nuestro quehacer nacional.

Es por ello que hoy estamos, con la misma voluntad, entusiasmo y decisión con que luchamos por reconquistar nuestra democracia, empeñados en luchar por derrotar la pobreza y lograr la justicia social, a través de un desarrollo que incorpore a todos a los beneficios del crecimiento.

Es por ello que Chile, nuevamente integrado en el concierto de las naciones, participa en la construcción de un orden internacional donde la autodeterminación de los pueblos, el respeto a los derechos humanos y la equidad en las relaciones económicas sean sus pilares fundamentales.

El mundo está entrando aceleradamente en una era de cambios donde los celos y las desconfianzas que caracterizaron gran parte de la vida internacional en el siglo XX, tienden a transformarse en signos de reconciliación y colaboración.

La paz mundial, sin embargo, tiene tareas pendientes que requieren de una pronta ejecución. Por ello apoyamos toda iniciativa que conduzca a la solución pacífica de conflictos, como las que hoy están en marcha en el Medio Oriente y en Yugoslavia.

La comunidad internacional ve en el proceso de Helsinki y en sus instrumentos, la base jurídica y política para la consolidación de un nuevo orden europeo, donde prevalezcan la paz y la colaboración. Su observancia debiera permitir a los estados y naciones de Europa Central y Oriental atravesar la actual fase

de ajustes y cambios que vive esa parte del viejo continente.

Señor Presidente,

Los gobernantes que en esta etapa de la historia nos hemos comprometido con la conquista y la consolidación de la libertad, tenemos todavía grandes desafíos que enfrentar. El mayor de ellos, el más apremiante y urgente, es derrotar la pobreza e incorporar a las grandes mayorías a una vida digna, fruto legítimo de sus esfuerzos.

Para ello, nosotros hemos optado por un modelo económico abierto, en el cual el dinamismo y la iniciativa radica en el sector privado y el Estado vela responsablemente por los equilibrios macro-económicos, la claridad y estabilidad de las reglas del juego y el acceso de todos a las ventajas del progreso. Para esto último, entendemos que el Estado es responsable de llevar a cabo políticas sociales que permitan a los sectores más postergados integrarse a un modelo en el cual el mercado por sí sólo no es capaz de ofrecer igualdad de oportunidades. Crecimiento y equidad son dos factores indisolubles para lograr la integración nacional.

El crecimiento de nuestras economías -las de América Latina y las de Europa Central y Oriental- requieren de una gran disciplina y esfuerzo interno, así como de imaginación y creatividad. Pero ello no es suficiente. Se requiere de un sistema económico internacional que practique en los hechos las bondades que en su discurso atribuye al libre comercio. Los países de desarrollo intermedio -lo hemos dicho insistentemente- no le piden al mundo desarrollado caridad, sino igualdad de condiciones para que sus productos puedan competir en los mercados mundiales. Por ello es indispensable que se reduzcan las barreras arancelarias, cupos de importación y otras restricciones que desalientan nuestra capacidad exportadora.

Es esencial que países como los nuestros, como Hungría y como Chile, persigamos en forma conjunta la libertad de comercio, la apertura de los grandes mercados y la revitalización de instancias como las negociaciones de la Ronda Uruguay.

Señor Presidente,

Aunque nuestras naciones están separadas por una extensa geografía, han estado unidas por los valores y por la cultura. Chile es un país joven y abierto. Nuestra nacionalidad, formada por sangre española y araucana, se ha enriquecido también con la presencia de otras nacionalidades europeas, entre las cuales está la húngara. A nuestras costas han arribado numerosas familias magyares que han

contribuido a nuestro progreso y desarrollo. También son muchos los chilenos que hicieron de Hungría su segunda patria. Esta es la ocasión para agradecer al pueblo húngaro la hospitalidad con que acogió a muchos de los nuestros en las tristes horas del exilio. Ello constituye un vínculo de gratitud permanente entre nuestros pueblos.

Tenemos también importantes intereses comunes. En el ámbito político, los organismos internacionales nos permiten colaborar en conjunto en la defensa de la democracia, en la protección del medio ambiente, en el combate al terrorismo y al narcotráfico.

En el plano económico, hemos suscrito un convenio comercial y un acuerdo para la promoción de las exportaciones que permitirán acrecentar nuestras relaciones comerciales y buscar nuevas instancias para el mutuo beneficio de nuestras economías.

En el plano cultural, casi de más está decirlo, admiramos profundamente la rica tradición húngara en las artes y en las letras y estamos ciertos que el acercamiento de nuestras relaciones nos permitirá establecer mecanismos de intercambio lo más amplios posibles.

Señoras y Señores,

En nombre de mi país, saludo al Presidente Goncz, Jefe de Estado de una nación amiga y, al mismo tiempo, demócrata ineludible que, prisionero de conciencia, supo convertir su dolor en fuerza espiritual para convertirse en símbolo de la independencia y libertad de su patria.

Os invito a alzar nuestras copas para brindar por el Presidente de Hungría, por los miembros de la delegación que lo acompañan, por el noble pueblo húngaro y por la creciente amistad entre nuestras naciones.

* * * * *

SANTIAGO, 5 de Diciembre de 1991.

M.L.S.